



EDUARDO LAZZARI: “EN 1816 SE FIJARON TRES IMPERATIVOS ÉTICOS: LUCHAR POR LA UTOPIA, HACER LO QUE SE DEBE HACER Y BUSCAR LA GRANDEZA”

Historiador y gran divulgador de nuestros orígenes nacionales y de su vinculación con el patrimonio urbano, destaca la centralidad del congreso de Tucumán y de la figura política de José de San Martín

Entrevista de Joaquín Javier

Historiador y presidente de la Junta de Estudios Históricos del Buen Ayre (Jehba), Eduardo Lazzari encabeza visitas guiadas en los principales sitios históricos de Buenos Aires, siendo un especialista en temas de historia argentina, patrimonio urbano y turismo cultural. Es reconocido como divulgador de la historia nacional por sus columnas en Radio Mitre, Radio de la Ciudad, La 2x4, el Canal Orbe 21 y la TV Pública.

–Declaración de la Independencia, ¿1815 o 1816?

–La de 1815 no es una declaración. Los historiadores tenemos que ir a los hechos y a la trascendencia de los hechos. El 29 de junio de 1815 fue una anécdota de una reunión que duró un solo día, no llegó a convertirse en el Congreso de los Pueblos Libres y no tuvo ninguna trascendencia, es decir, de ese hecho no se produjo un hecho ulterior importante. El 9 de julio de 1816 el Congreso General Constituyente de las Provincias Unidas marcó el inicio de

una trayectoria que dio origen a la República Argentina.

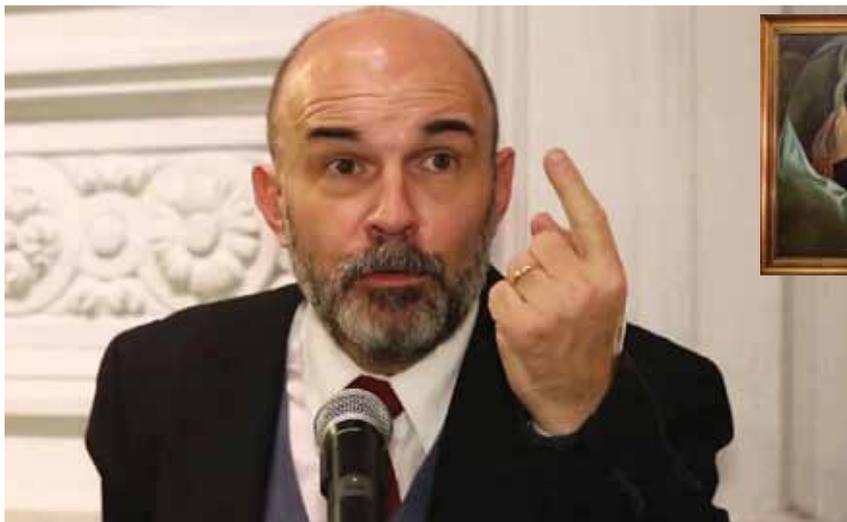
En 1816 no sólo se pone en discusión la independencia sino la constitución de un Estado que logre crear un gobierno central que a su vez sostenga la campaña del Ejército de los Andes. La fuerza de los dos eventos (1815 y 1816) queda manifestada en que Santa Fe, Entre Ríos y la Banda Oriental terminan sumándose a las Provincias Unidas. Para mí no se puede hablar en esos tiempos –salvo en la figura de Artigas– de pensamiento federal y pensamiento unitario. Es una discusión posterior que se desata cuando ya estaba establecida la idea de país y comienza la guerra civil.

–¿Quiénes fueron las figuras claves de la Independencia?

–Yo siempre sostengo que ese grupo reunido en San Miguel de Tucumán estuvo –poseído– por una locura patriótica. Los griegos decían que uno se volvía loco cuando lo poseían los demonios, los inspiradores. El 9 de julio de 1816 estos tipos estaban poseídos patrióticamente e hicieron lo que debían hacer, no lo que podían hacer.

A mi entender se ha exagerado el protagonismo político de Martín Miguel de Güemes en la declaración de la independencia. Me parece un personaje extraordinario de la historia argentina, pero en otro escalón respecto de los tres gigantes de 1816: Manuel Belgrano, José de San Martín y Juan Martín de Pueyrredón, el ejecutor político del plan de Independencia. El ambiente de libertad con el que discutían los congresales era fascinante. Los tres, por ejemplo, proponen en su momento una monarquía inca, pensamiento que se va diluyendo hasta que queda definitivamente dejado de lado en 1824. Hay que tener en cuenta que los indios como algo diferente es un tema del siglo XX, no del XIX y fue totalmente natural para los congresales firmar el acta en quechua y castellano para luego enviarla a imprimir en aimara, quechua y castellano.

Quisiera mencionar también la participación de las patricias salteñas Macacha Güemes, Carmen Puch, Juana Moro y María Loreto Sánchez Peón, damas de la sociedad que mantuvieron contacto con soldados del ejército imperial y que luego enviaban datos



La importancia de San Martín es fundamental ya que los cinco diputados que vienen de Cuyo, son hombres enviados por él como su brazo político. No es casualidad que

Pueyrredón sea elegido director supremo viniendo de San Luis, ni que cuando se declara la independencia el presidente fuera Francisco Narciso de Laprida, diputado de San Juan

que le sirvieron a Güemes para su gesta. Se convirtieron en espías a favor de la causa patriótica.

La importancia de José de San Martín es destacable ya que los cinco diputados que vienen de Cuyo, son hombres enviados por él como su brazo político. No es casualidad que Pueyrredón sea elegido director supremo viniendo de San Luis, ni que cuando se declara la independencia el presidente fuera Francisco Narciso de Laprida, diputado de San Juan.

–¿Somos un país centralista?

–Uno de los grandes fraudes históricos –que se armaron después de los hechos– es cuando se empieza a hablar del centralismo porteño como sinónimo de unitarismo, cuando en realidad son las provincias del interior las que querían un solo gobierno. Eso se empieza a poner muy fuerte con el pensamiento revisionista, que da vuelta la cosa. El interior no era federal.

Uno de los grandes problemas de Argentina es que cuando es gobernada por presidentes que vienen de las provincias se hace centralista. Es contradictorio. La Argentina y su estructura federal están permanentemente en funcionamiento y esto obliga al gobierno central a negociar con las pro-

vincias para obtener sus logros políticos. Si el centralismo argentino fuera unitario no habría problema porque decide el gobierno central. Aquí se ha pervertido el sistema federal con dos leyes que están deteniendo el progreso argentino: la ley Bignone –que increíblemente con 32 años de democracia no se ha discutido– que le facilita al gobierno central negociar con provincias absolutamente dependientes porque no tienen una economía desarrollada y obtienen una sobre-representación parlamentaria. La otra ley es la de coparticipación federal. Esas dos leyes han hecho que la negociación para obtener votos parlamentarios sea más sencilla, porque pagarle a Formosa por sus 8 votos es mejor que a Buenos Aires por sus 70.

–¿Cómo se puede leer la independencia desde la actualidad?

–La independencia fue una decisión en contra del sentido de la historia. En 1816 el Imperio se había restaurado con Fernando VII y el único territorio que quedaba insurgente eran las Provincias Unidas del Río de la Plata y ellos, en lugar de plantarse y negociar, redoblaron la apuesta y decidieron ser independientes. Esto significaba seguir adelante con los enfrentamientos y soportar 14 años de guerra.

El revisionismo actual es demodé, está fuera de época. Ya no se discute en la Academia de Historia. Hoy en día el historiador sabe cuáles fueron todos los hechos y fundamentalmente sabe respetar el contexto.

La fecha central de la historia es el 9 de julio de 1816. Los “hombres de julio” (33 diputados, más Belgrano y San Martín) le pusieron a nuestro país tres imperativos éticos que impusieron el carácter argentino: luchar por la utopía en primer lugar; el segundo es el estándar ético de que hay que hacer lo que se debe hacer y no lo que se puede hacer; y el tercero, estamos destinados a ser un país gigantesco. Estas características siguen vigentes hasta el día de hoy. En Argentina la utopía es mayor que la realidad, pero hoy en día falta utopía.

El populismo, por ejemplo, fue el drama de Argentina. En el 75 la economía en el país colapsa y por primera vez condena a gente a la pobreza estructural. Hasta ese entonces la pobreza rondaba el 3%. Con el Rodrigazo pasa al 10%, que termina consolidándose con la dictadura y la posterior guerra de Malvinas que levanta ese índice al 15%. Después la hiperinflación de Alfonsín alcanza el 20% hasta llegar al 30% en la actualidad.